

Una Poesía que Gobierna

por Sebastián Salazar Bondy

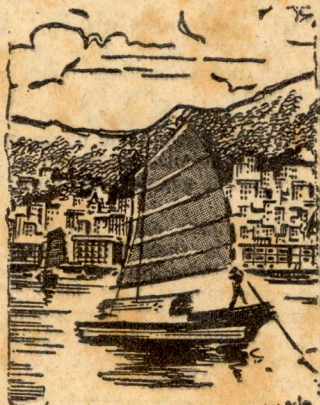
13/8/58

Mientras en el mundo occidental los poetas, con cierto a-margado sabor en la boca, han reclamado un lugar entre los gobernantes y los legisladores, sin que nunca nadie les hiciera caso, en el mundo oriental —en la China, especialmente— los gobernantes y los legisladores han empleado la poesía y los medios de expresión poéticos para dar a su función rectora el carácter sabio y solemne que ella, de suyo, por su sentido y sus fines, exige. Tal hecho proviene quizá del concepto que a la filosofía china le merece el poetizar. "Cuando las palabras no son suficientes para expresar el pensamiento —ha escrito el pensador Chu Hsi—, entonces aparecen el canto o los versos". La poesía no es, pues, una forma de la fantasía, de la pura y ornamental imaginación, sino el vehículo más eficaz de ideas con que el hombre cuenta.

Una amplia y completa antología de la lírica china, preparada y comentada por Patricia Guillermaz y publicada por Pierre Seghers, el afamado editor francés (que anuncia, en la misma serie en que figura esta selección, el volumen que contiene veinte cuentos escogidos de la América Latina), nos pone en evidencia hasta qué punto la noción europea de la literatura —que nosotros heredamos— es distinta y contradictoria de la de la vieja y reflexiva Asia. Hay algo más que diferencias temperamentales y, por ende, culturales. El papel que en una sociedad y la otra ha cumplido y cumple la poesía es distinto. En el origen de la poesía china, origen por supuesto fabuloso, hay un emperador también legendario, Shun, a quien se atribuyen breves epigramas en los que comunica las preocupaciones que el gobierno de su pueblo le suscita. Otros monarcas —la lista es inmensa— se han referido a los problemas de su imponente gestión en versos que la memoria literaria conserva, no tanto por su procedencia regia, cuando por su notable calidad lírica. La vida pública, está incluida en la inspiración, la promueve y la en-

riquece, y el poeta, no obstante, no deja de ser, como Occidente lo piensa, un soñador. Sueña con su pueblo, con su colectividad, no con sus restringidas inquietudes individuales.

De otra parte, al no concebirse la posibilidad del arte por el arte, el poeta chino que no alcanzó cargo público, que se apartó o fue apartado de la corte, no dejó nunca de ser un crítico



co de las costumbres generales y de los errores de quienes condujeron la nación. Hubo —y, tal vez, hay— un diálogo poético entre gobernantes y gobernados, una especie de espiritual debate sobre los bienes y los males de cada época. De ahí que la poesía figurara siempre en los programas chinos de enseñanza y que no se pudiera dar hombre culto que no empleara los versos, ya por sí solos, ya como letras de las antiguas melodías populares, para fijar sus ideas, retener una impresión fugaz, penetrar en un estado emocional o manifestar su peculiar visión del mundo, sin aspirar a que fueran páginas inmortales. Juego de sociedad —juego, sin embargo, serio—, la poesía abría las puertas de las funciones importantes, pues demostraba la espiritualidad e independencia moral de las personas. En Occidente —bien los vemos—, la suerte de los poetas ha sido otra: terminaron, en el siglo XIX, por "maldecirse", por apartarse del resto de las gentes y despreciarlas. Los

gobernantes, además, muy pocas veces conocieron a sus coetáneos literatos.

La poesía china es moral, social. Desprecia —porque las desconoce— la psicología y la lógica, el análisis y los sistemas organizados de pensamiento. Sus temas son limitados, sus imágenes se repiten, el foco de su atención sólo se abre sobre lo bello, lo melancólico, lo sutil. Rechaza la alusión a lo feo, lo deforme, lo monstruoso, lo putrefacto. Carece el poeta chino de grandes pasiones, de fanatismos, de violencias. Pero, serenamente, se eleva y canta. Sus inmemoriales símbolos le sirven de alas. La grandeza de su creación radica en el candor de su actitud y en la generosidad social de sus propósitos. El tomo de Patricia Guillermaz —que reúne 133 poetas, desde 1766 antes de Cristo a nuestros días— contienen más de una lección que los occidentales debieran, ahogados como están por tantas palabras inútiles, aprender e imitar.